
El dinero: de lo real a lo simbólico

En el libro titulado *El sexo oculto del dinero*, la psicoanalista argentina Clara Coria nos introduce a uno de los ámbitos de lo simbólico. En este texto la autora expone el resultado de su trabajo en grupos de reflexión sobre el dinero, primero con mujeres y luego con hombres. Clara Coria pone el dedo en la llaga. Como ella dice, el dinero “es un tema contraindicado para personas sensibles a emociones profundas”... “hablar de dinero es incursionar en todo: la pareja, los hijos, la familia de origen, los amigos, los amantes, el credo, los principios éticos y estéticos, los proyectos, la evaluación del pasado...”; “es un tema que hace emerger y pone en evidencia todos los contratos tácitos e implícitos que invariablemente subyacen en nuestras relaciones”.

Ella plantea un problema soterrado: “las mujeres tienen problemas en sus prácticas con el dinero” y de allí intenta ubicar, articulando variables psicológicas y socioculturales, los obstáculos que las mujeres enfrentan en estas prácticas. Ubica su análisis en personas de la clase media, con la idea de

“desenmascarar los mecanismos patriarcales disimulados y encubiertos en la supuesta paridad entre los sexos que se da en la clase media, sobre todo a partir de la incorporación de las mujeres al trabajo”.

Coria trabaja con la hipótesis de que “existe un conflicto interno —no consciente— entre el deseo de acceder a un ideal de mujer —que responde a la imagen de madre [esposa] con todos los atributos que le adjudica la ideología patriarcal— y la necesidad de desenvolverse con eficacia y autonomía en el mundo actual, que le permitió el acceso al ámbito público y al dinero”.

Ella identifica como fundamental la diferencia que existe, para las mujeres, entre la independencia económica (“la capacidad de obtener recursos económicos propios”) y la autonomía (“la capacidad de utilizar esos recursos, tomando decisiones con criterio propio y hacer elecciones que incluyan evaluaciones de alternativas posibles y de otras personas implicadas”). Enfocado este punto, decide investigar el misterio de la independencia sin autonomía.

Al tomar el dinero como un elemento puente entre lo imaginario y lo real, incursiona sobre las formas de la dependencia femenina. Hurgando en los cambios que ha habido en la condición de las mujeres,

trata de encontrar a qué se debe el que las mujeres continúen perpetuando actitudes de subordinación económica a pesar de que actualmente han accedido al ámbito público, al trabajo remunerado y por tanto al dinero. Y subraya: “la independencia económica que algunas de ellas lograron no ha sido en absoluto garantía de autonomía”.

El problema de la dependencia de las mujeres no se acaba, ni con mucho, con el acceso al dinero como en algún momento se pensó. La independencia económica es una condición necesaria pero no suficiente para lograr la autonomía. Existen aspectos ideológicos y culturales que tienen que ver con “el deber ser de la mujer”, “el deber ser de la pareja”, la idea de “la familia”, entre otros, que subyacen a la relación existente entre los géneros.

Esta reflexión permite a Coria incursionar en las reticencias de las mujeres y los hombres respecto a posibles cambios. Analizando estas reticencias desde una perspectiva psicoanalítica, la autora plantea su relación con varios fantasmas: el de “la prostitución”, el de “la mala madre” y el de “la femineidad dudosa”; estos actúan como inhibidores en las prácticas cotidianas de las mujeres con el dinero “... el gusto por el dinero es vivido inconscientemente (por las mujeres ‘excitables’) como un goce

sexual pecaminoso, indigno de ‘una mujer de bien’. Y, consecuentemente, la ambición económica resulta la ostentación exhibicionista de dicho goce”.

Coria analiza los complejos significados de la dependencia económica ubicándola como una expresión particularizada de una dependencia más general. “La persona dependiente económicamente, igual que la persona enferma —física o psíquicamente— es una persona limitada, y las limitaciones restringen su capacidad de acción.” Aunque asume la dependencia como un hecho poco saludable, no se queda en un planteamiento simplista, sino que reconoce también que no todas las personas hacen lo posible por ser independientes, sino que muchas personas se acomodan y perpetúan esta dependencia.

Para explicar la contradicción existente en una actitud tan poco saludable decide indagar los posibles beneficios que ésta pueda devengar. En primer lugar plantea que “... la disponibilidad de dinero y la posibilidad de hacer uso de él pone a la mujer en condiciones de transgredir prohibiciones legendarias... por ello... el mantenimiento de la dependencia (en este caso económica) disminuiría la tensión provocada por el conflicto frente a la libertad vivida como transgresora. Esta disminución de tensión pre-

serva de la angustia y se constituye en el beneficio primario de la dependencia económica”.

En segundo lugar, ella analiza, con el concepto de beneficio secundario, planteado por la teoría freudiana, las satisfacciones que se obtienen desde una enfermedad ya establecida. Dentro de este tipo de beneficios señala como más sobresaliente el de la protección que “...exime de ponerse a prueba y enfrentar el juicio de la realidad que se impone por sí mismo cuando un individuo adopta una actitud de participación activa”. Desde la perspectiva psicoanalítica “una situación de protección evita una cantidad de esfuerzos y esto es vivido por el Yo como beneficios y ventajas a ser definidos”.

Más adelante, Coria plantea el manejo del dinero como un estructurador psíquico, ya que, el cómo manejemos el dinero depende de condicionamientos, identificaciones y representaciones psíquicas. Por ejemplo, en sus grupos de reflexión frecuentemente encuentra que las mujeres en general disponen de pocas cantidades de dinero, que se mueven en un espacio restringido y que sus vidas transcurren en tiempos continuos e indiscriminados. El dinero que ellas administran es el dinero de las necesidades más inmediatas, que tiene un destino prefijado: el de la

comida, la ropa, la decoración de la casa, el pago de servicios. En general, las mujeres administran los dineros “chicos”.

En general, el espacio donde las mujeres se mueven es definido por las cercanías, la contigüidad, los límites detectables, un espacio posible de medir y de amplitud reducida. Esto tiene su representación psíquica en las dificultades de ampliar experiencias, en el temor de realizar actividades en el ámbito público, en el temor ante alternativas novedosas, etc.

El tiempo de las mujeres es un tiempo continuo, indiscriminado ligado a la práctica maternal y a lo doméstico. “Es un tiempo que transcurre como una cinta sin fin en donde una tarea sucede a la otra sin que medie un corte definido o un logro que se perpetúe... la situación que mejor lo gráfica es la del hogar, en donde se ordena para que pueda volver a desordenarse, reeditando así, permanentemente, la frustración de que al terminar hay que volver a empezar, sin que queden huellas que den testimonio de lo realizado.” Un tiempo invisible que difícilmente puede ser proyectado más allá del presente.

Desenredando los hilos que construyen psicosocialmente a las personas, Coria revela cómo cuestiones como la falta de contacto fluido con el dinero, y una manera

particular de concebir el tiempo y el espacio crea, en las mujeres, el modelo psíquico que influirá en su capacidad de movilidad y toma de decisiones. Los beneficios de la dependencia económica funcionan como una cuestión retardataria y obstaculizadora a la resolución de la misma.

Al ser vividos como ventajas aparecen disociados de la situación de subordinación que los generó y que restringe, entre otras cosas, la movilidad, la capacidad de elección, la asunción de responsabilidades y la posibilidad de confrontación con los resultados de la propia acción, todas estas características necesarias para un desarrollo individual pleno.

Basándose en la idea de que en esta sociedad las mujeres han sido construidas para “ser” a través de un “otro” analiza, a través de las dificultades que las mujeres expresan en su manejo del dinero, el temor a perder “la femineidad” (altamente asociada con “el ideal altruista de la maternidad”) y el miedo a “perder el amor del hombre”. Ambos miedos se viven como atentados a la propia identidad y al sentido de existencia.

A pesar de la supuesta participación igualitaria de los integrantes de una pareja en los bienes y las ganancias, la toma de decisiones sobre los ingresos, su administra-

ción e incluso el usufructo de los mismos dista mucho de concordar con esa imagen de comunalidad. La distribución del poder dentro de las relaciones de pareja se refleja frecuentemente en el manejo de los hijos por parte de las mujeres, y del dinero por parte de los hombres.

Esto tiene consecuencias diferenciales para los sexos. Analiza particularmente las implicaciones de la diferencia entre el poder de los afectos de las mujeres, y el poder de los hombres en mundo de las ideas, del dinero y del ámbito público.

El dinero, señala la autora, tiene connotaciones sociales y profundos simbolismos inconscientes que influyen tanto en las mujeres como en los hombres; éstos también enfrentan costosas exigencias en su rol como detentadores de dinero. No sólo se ven afectados en las actividades en que afecta a las mujeres, sino también en su autoestima, su sexualidad y su identidad sexual. Además, muchos de ellos utilizan el dinero para otros fines.

Los hombres viven como ineludible la necesidad de hacer dinero. Esto les implica la exigencia de demostrar siempre una potencia inagotable, que se cuantifica; así caen en la trampa de basar su autoestima en esta imagen omnipotente. En ellos existe una relación entre potencia económica y potencia sexual, por lo que el di-

nero viene a resultar un indicador de masculinidad.

Esta asociación los condena a una frustración inevitable, ya que “la valoración de la cantidad se convierte para los hombres —entre otras cosas— en un callejón sin salida que los lleva a apelar a la cantidad económica cuando la sexual se resiente” conduciéndolos así a depender del dinero, y en consecuencia, a ser vulnerables no sólo económica sino psíquicamente. Así los hombres se enfrentan con el fantasma de “la impotencia”.

Coria analiza la expresión “time is money” para develar tanto el significado del dinero como del tiempo en la sociedad capitalista y señala “la creencia de que convertir el tiempo en dinero es un negocio que va a pura ganancia suele ser una trampa en la que caen mayormente los hombres, empeñando en ella sus vidas”.

En resumen, la división sexual del trabajo entre los géneros subordina a la mujer en lo relativo al di-

nero e impone al hombre la obligación de ser el responsable económico otorgándole poder, pero encarcelándolo en la exigencia de responder al papel.

Coria termina su texto exponiendo algunas reflexiones sobre el dinero en los tratamientos psicológicos.

A lo largo de toda su obra, la autora subraya el mecanismo utilizado socialmente para invisibilizar este tipo de fenómenos. Nuestra sociedad se empeña en hacer ver como “natural”, como “dado”, todo aquello que desea imponer y perpetuar. Por esto, uno de sus objetivos es mostrar que sólo haciendo visible lo invisible, pensando lo impensable, y nombrando lo innombrable podemos acceder a la posibilidad de un cambio real.

Lorenia Parada-Ampudia

Clara Coria, *El sexo oculto del dinero*, Ediciones Argot, 1987.